"El Mundo es Ancho y Ajeno"

Novela de **Ciro Alegría**

EN *El mundo es ancho y ajeno* (Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1941, 509 pp.) **Ciro Alegría** ha escrito la biografía de una comunidad de indios peruanos, de unos de los *ayllus* persistentes después de la Conquista basados en la propiedad y cultivo en común de la tierra. Este hecho convierte la tierra en razón y principio de la vida, la cual se va tejiendo sencilla al compás de los acontecimientos vegetales y animales, sostenida por la certidumbre de que el trabajo no debe ser causa de muerte o dolor sino "de bienestar y alegría". Pero las comunidades de hoy son con frecuencia destruidas en el despojo realizado por los latifundistas. El encanto agrario y pastoral se convierte en tragedia; los comuneros son arrancados de su tierra como árboles que no encontrarán ya dónde trenzar sus raíces y por todos los caminos sólo descubrirán que, para los pobres, "el mundo es ancho pero ajeno".

Indio y tierra

Menos sintética y acabada que *La serpiente de oro* y *Los perros hambrientos*, esta novela es, no obstante, una interpretación realista, poética y exacta de la psicología actual de una raza asida tercamente a su pasado, que al sentirse separada de él por la injusticia social ve derrumbarse toda posibilidad de dicha. De su dicha que para ellos es la tierra, con sus dones seguros. **Ciro Alegría** propone el dilema tremendo, la duda que debemos meditar los que nos interesamos por el bienestar del indio:

Era hermoso de ver el cromo jocundo del caserio y era más hermoso vivir en él. ¿Sabe algo la civilización? Ella, desde luego, puede afirmar o negar la excelencia de esa vida. Los seres que se habían dado a la tarea de existir allí, entendían, desde hacía siglos, que la felicidad nace de la justicia y que la justicia nace del bien de todos. Así lo había establecido el tiempo, la fuerza de la tradición, la voluntad de los hombres. Los comuneros de Rumi estaban contentos de su vida.

Rosendo Maqui es la concentración del amoroso afianzamiento en la tierra que es razón del vivir indio y motivo de su esperanza. La tierra con todo lo que de ella nace y se sustenta: montes, vegetales, animales. El indio Rosendo, como todos los de su raza, humanizaba los montes, los creía animados de intenciones y sabiduría. En sus dudas de alcalde justiciero consultó al monte Rumi y volvió de su altura esperanzado con sus voces proféticas. Ciro Alegría, al describir a Rosendo, asegura el vínculo del hombre y la tierra usando imágenes vegetales y geográficas:

Tenía el cuerpo nudoso y cetrino como el lloque-palo contorsionado y durísimo — porque era un poco vegetal, un poco hombre, un poco tierra. Tras las duras colinas de los pómulos brillaban los ojos, oscuros lagos quietos. Las cejas eran una crestería. Podría afirmarse que el Adán americano fué plasmado según su geografía, que las fuerzas de la tierra, de tan enérgicas, eclosionaron en un hombre con rasgos de montaña. En sus sienes nevaba como en las del Tupillau.

Humanizados como los perros en la novela *Los perros hambrientos*, están aquí los bueyes. Mosco, el buey negro, entendedor de la ley del trabajo, el Barroso, el Madrino, el Cholito, el Granizo, todos, como los hombres con alguna virtud caracterizadora. Y como entre los hombres, también los hay malditos, a la manera de Choloque. Metido dentro del pensamiento de los indios, Ciro Alegría sorprende su modo de juzgar a los animales, atribuyéndoles astucia y malas intenciones. Si Mosco fué un buey digno, respetado por el mismo Rosendo como un buen comunero, de Choloque se tenía este torcido retrato moral tan parecido al de muchos hombres:

Odiaba el trabajo y solamente le gustaba holgar con las vacas. Andaba remontado y si por casualidad se lograba pillarlo para el tiempo de las siembras, soportaba de mala guisa un día de asada

y aprovechaba la noche para escaparse y perderse de nuevo. Después de un tiempo prudencial aparecía por allí haciéndose el tonto y con un talante de compostura que trataba de disimular sus fechorías.

Igual acercamiento abarca al mundo de los vegetales. Todos tienen su razón de existir y dan en el tiempo debido sus dones útiles y oportunos. La chirimoya tiene atributos de mujer adolescente: ondulante talle y cetrina piel pálida. Las pepitas de la higuera dan aceite para la lámpara del pobre, y el maguey de pencas azules y vara vigilante es el confidente ancho de comprensión en donde el indio ve un paralelismo exacto de su existencia. En Demetrio Sumallacta pone Ciro Alegría el elogio del maguey, la queja social y el penacho de esperanza de días mejores:

Sólo tú conoces nuestra confianza y su sabor áspero... ¿qué sabemos los indios peruanos de las rosas? Tú, maguey, te levantas como un brazo implorante y en tu gesto reconocemos nuestro afán que no alcanza el cielo... el viento no puede cantar en tu cuerpo entero y no sabes del trino y el nido... tienes el corazón sin miel y triste con la misma tristeza de nosotros, los hombres del Perú... y ahí estás con nosotros, frente a muchos bohíos y en las cercas que guardan las siembras de esperanza y martirios... como el indio, no sientes el peso del sol ni de la lluvia y estás desnudo ante la vida, hecho un esbelto silencio...

Y todo es así, porque "los vegetales crecen sobre la tierra y dentro del hombre". El destino del hombre —así lo siente el indio—, desde el nacimiento hasta la muerte, es la tierra. La tierra, como la mujer, es la vida en su gesto de dación y ambas dan frutos a su hora. Mas la tierra queda con sus dones cuando la mujer desaparece. Rosendo piensa que la tierra es acaso mejor que la mujer.

Por eso la siembra, la cosecha, la siega, hechos máximos en el ritmo vital indígena, hacen creer al indio en la felicidad, como la mirada promisoría de las mujeres adolescentes.

Despojo y éxodo

Atentos a la substancial verdad de la tierra, los comuneros miran con desconfianza las leyes de los blancos y las encuentran "oscuras

y culpables". Los impuestos, el servicio militar, se aplican injustamente al indio. Las pocas leyes favorecedoras del indio no se cumplen.

Las comunidades resisten la injusticia y se repliegan en su fe en la tierra y en una última esperanza de que el derecho a poseerla, gozado desde tiempos prehispánicos, se respetará. Hasta que aparecen el egoísmo de los hacendados como don Alvaro Amenábar Rol-dán, con sus reclamaciones perversas, el juicio de linderos y los fallos injustos de las autoridades. Después, sólo queda el éxodo, el transporte de los haberes pobres a la meseta fría de Yanañahui dejando atrás el pasado:

No era dolor del entendimiento solamente. Su carne misma sufría al tener que abandonar una tierra donde amó con el espíritu de la naturaleza al sembrar y procrear, donde había esperado morir y reposar en el panteón que guardaba los huesos de innumerables generaciones.

Terminado el trasplante a Yanañahui, miembros de la comunidad se alejan del pueblo recién construido en busca de mejor suerte. Pero todos: Amadeo Illas en una hacienda de coca, Calixto Páucar en el asiento minero de Navilca, Augusto Maqui en el puesto de caucho de Conuco, Juan Medrano en la hacienda de Solma, sólo encuentran la explotación, el vejamen y, en el caso de Calixto, la muerte en una huelga el mismo día de su llegada. Alejados de su comunidad, estos hombres vuelven el recuerdo a ella con punzante nostalgia.

Benito Castro había salido de Ruimi antes que todos, huyendo del castigo después de involuntario delito. Sirvió en el ejército, alcanzó el grado de sargento, descubrió también la crueldad y explotación que sufrían los suyos fuera de la comunidad. Volvió a ella para encontrar el pueblo vacío, la noticia dolorosa del despojo a Rosendo Maqui, el alcalde, preso injustamente por acusaciones falsas de don Alvaro Abenámar. Rosendo muere en la cárcel apaleado por la saña de sus carceleros. Benito Castro, elegido alcalde de Yanañahui, promueve un alzamiento, que es ahogado por las ametralladoras oficiales. Ante su marido muerto, Marguicha alza la voz implorante de su raza: "¿A dónde iremos? ¿A dónde?"

Balance

Como novela, *El mundo es ancho y ajeno* no produce el goce de las líneas firmes, la concentración poética, la calidad sostenida, de *La serpiente de oro* y *Los perros hambrientos*. Al ensanchar su escenario, escribiendo una novela donde se expresa la mentalidad actual del indio peruano y la injusticia que le aprisiona, no pudo evadir Ciro Alegría el recargamiento de incidentes, la lentitud en el relato y hasta episodios que a mi ver sobran, como el viaje de Bismarck Ruiz y la insistencia en escenas y semblanzas de la prisión.

Quedan, como valores artísticos perdurables, las descripciones de la naturaleza, de la vida agraria, del alma india de hoy. Y dentro del género de novela de inquietudes sociales, *El mundo es ancho y ajeno* es lección de sinceridad. Da la fórmula única para este tipo de arte: llevar el conflicto entrañablemente sembrado en la propia conciencia.

CONCHA MELÉNDEZ,
Universidad de Puerto Rico.